

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

21 / 2018

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Ortiz Echagüe, Fernando, *Crónicas de la República y la Guerra Civil*. Edición de Luis Sala González. Prólogo de Marta Campomar, Sevilla, Espuela de Plata, 2018 (Ignacio Olábarri Gortázar)

pp. 845-848 [1-4]



Universidad
de Navarra

Ortiz Echagüe, Fernando, *Crónicas de la República y la Guerra Civil*. Edición de Luis Sala González. Prólogo de Marta Campomar, Sevilla, Espuela de Plata, 2018, 581p. ISBN: 978-84-17146-43-6. 22,71€

Prólogo. Nota a la edición. 1931. 1932. 1933. 1934. 1935. 1936. 1937. 1938. 1939. Apéndice gráfico. Índice onomástico. Índice.

El autor de este libro, Fernando Ortiz Echagüe, es miembro de una ilustre familia española. Hijo del ingeniero militar andaluz Antonio Ortiz Puertas y de la vitoriana Dolores Echagüe Santoyo, hermana a su vez del general Francisco Echagüe, pionero de la aviación militar española y ayudante de campo de Alfonso XIII, era el sexto de seis hermanos, entre los que se encuentra el fotógrafo e industrial (CASA, SEAT) José y el pintor Antonio.

Después de estudiar en el Liceo francés de San Sebastián y ampliar sus conocimientos en París y Londres, Fernando emigró a la Argentina, donde pronto descubriría su verdadera vocación: el periodismo, que cultivó siempre en el mismo medio, el diario bonaerense *La Nación*, probablemente el más importante de una Argentina que vive entre las dos guerras mundiales sus años dorados, diario de «línea editorial conservadora liberal» (Sala, p. 26).

En 1918, convertido ya en «el gentleman del periodismo porteño» y en «una de las mentes más lúcidas del país» (Marta Campomar), Ortiz Echagüe fue enviado por el periódico a París como su representante general en Europa. Vivió allí 22 años, hasta 1940, la gran época del periódico y de la Argentina. Como escribe Sala, «las suntuosas oficinas de *La Nación*, en el 127 de la avenida de los Campos Elíseos, eran la embajada desde la que Ortiz Echagüe dirigía a los corresponsales del diario en el viejo continente y recibía a los intelectuales, artistas y políticos que pasaban por la capital francesa. En este tiempo, gestionó la colaboración en exclusiva para el periódico argentino de firmas tan prestigiosas como la del ex presidente Poincaré, el filósofo José Ortega y Gasset, el doctor Gregorio Marañón o el conde de Romanones, Álvaro de Figueroa» (Sala, pp. 24-25).

Fruto de los viajes que realizó en los años diez y veinte por Europa y el norte de África son sus dos libros de crónicas publicados en vida: *Al Senegal en aeroplano* (Madrid, 1927) y *Pasajeros, correspondencia y carga* (Buenos Aires, 1928). En el prólogo que escribió para la edición de esta

última obra, Luis Araquistáin, a quien cita Sala, señala las cualidades que hicieron de Fernando Ortiz Echagüe «un destacado periodista moderno: el espíritu errante, que le lleva a buscar el descanso en el movimiento; el instinto de la actualidad, que le sitúa en el centro de todos los grandes acontecimientos; una curiosidad siempre despierta, que no desdeña ningún matiz de información en la gama infinita de la vida; una seguridad de sí mismo, nacida del comercio diario y familiar con los grandes hombres y los grandes sucesos, que no le detiene ante ningún obstáculo cuando se trata de conocer un hecho o penetrar en el secreto de un propósito; un tacto y un don de gentes exquisitos, que saben siempre abrir de par en par puertas y conciencias, y, en fin, esa alada y nerviosa levedad de estilo que es la marca del periodista de vocación y la envidia, mal velada por un simulado desdén, de los escritores de raza bovina que aspiran a la clasificación de clasicistas, a las palmas académicas y al tabú de los volúmenes corpulentos» (Sala, pp. 23-24).

El tratamiento que hace nuestro hombre de la Segunda República y de la Guerra Civil españolas es, a mi juicio, algo diferente. El estilo no cambia; en los dos casos aparecen entrevistas a algunos de los hombres clave de la época (Indalecio Prieto por tres veces, Gregorio Marañón, el conde de Romanones, José Ortega y Gasset, Alejandro Lerroux, Miguel Maura, Manuel Azaña, José María Gil Robles, José Calvo Sotelo, Joaquín Chapaprieta, Manuel Portela Valladares, Julio Álvarez del Vayo, Augusto Barcia, Julián Besteiro, Ventura Gassol, etc.); para ambas etapas los acontecimientos españoles se enmarcan en el escenario general europeo.

El autor, de marcadas preferencias republicanas, narra todos —o casi todos: paradójicamente, no dedica ninguna crónica a las elecciones del Frente Popular ni a la sustitución de Niceto Alcalá Zamora por Manuel Azaña en la presidencia de la República— los grandes acontecimientos de 1931-1936 y perfila inteligentes análisis de los principales problemas de la España de la época: el agrario, el intelectual, el económico, el militar, el del papel de la mujer y, en menor medida, el religioso y el de los nacionalismos periféricos. Acierta en muchos de sus juicios (un ejemplo entre tantos: a la CEDA le falta «un movimiento sindical propio», p. 201), pero se equivoca en otros —por ejemplo, cuando afirma que el partido de Miguel Maura será, después de las elecciones de 1933, «el eje de la futura mayoría parlamentaria», p. 168—. En cualquier caso, los estudiosos de la Segunda República encontrarán en estas páginas una nueva e interesante fuente a la que acudir.

RECENSIONES

Además, el editor no se ha resistido a incluir algunas crónicas de materias muy alejadas de la vida política: así, el «film-interviú a Carlitos Chaplin», las corridas de toros en España —en pp. 138-144 se encuentra un buen análisis de la novela de Hemingway *Muerte en la tarde*— y en Francia, o el entierro en Valencia de Vicente Blasco Ibáñez, del que se cuenta su aventura argentina.

Pero si Ortiz Echagüe estuvo en España con mucha frecuencia durante los años 1931 a 1936, no puede decirse lo mismo del difícil trienio de la guerra civil. En 1936, sí, nuestro reportero pasa muchos días de aquel verano en el triángulo Hendaya-Irún-San Sebastián: desde allí se informa de los orígenes del movimiento militar, de las dificultades de los refugiados en ambas retaguardias, del avance sobre Irún y San Sebastián de los «revolucionarios» o «blancos» y, lógicamente, de la situación de la embajada argentina radicada en Zarauz y de sus asilados.

Pero ya desde fines de agosto de 1936 se advierte que lo que más interesa a Ortiz Echagüe es el marco internacional de la guerra: se comentan las grandes líneas de mediación de los diplomáticos y los obstáculos que encuentran, se explica también la relación entre la política interior y exterior de las grandes potencias —Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y, en menor medida, la Unión Soviética— y la de los «gubernativos» o «rojos», por una parte, y los «revolucionarios», «blancos» o nacionalistas españoles por otra. Nuestro fino analista intuye que, con la caída de Bilbao, la balanza se comienza a inclinar del lado de Franco y, a lo largo de 1937, se centra cada vez más en las posiciones de las grandes potencias.

Por lo demás, en las dos únicas crónicas recogidas en este volumen de 1938 y en la decena de ellas del año siguiente, Ortiz Echagüe se aparta casi por completo de lo que ocurre en España —no habla, por ejemplo, de la batalla del Ebro, de la caída de Barcelona o de la de Madrid—, para centrarse casi totalmente en la situación general europea, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Las excepciones las constituyen, en noviembre de 1937, la crónica en que el gran reportero español afirma que «Franco quiere restablecer a la casa de Borbón en España» (p. 506) en la persona de Don Juan, donde habla, a mi modo de ver con ingenuidad, de «la ausencia de ambiciones personales del general Franco» (p.508) y en las de 26 y 28 de febrero de 1939 que tituló «Todo está listo para el desalojo republicano de la sede de la embajada española en París» y «Va ca-

RECENSIONES

yendo lentamente el telón sobre el sombrío drama de la guerra civil española».

A mi juicio, por tanto, el valor de esta obra está en que nos da a conocer hoy el trabajo de uno de los grandes maestros del periodismo hispano del siglo XX, que está a la altura de Manuel Chaves Nogales o de Josep Pla y del que estoy seguro que estas crónicas no serán las últimas en ser rescatadas, porque Fernando Ortiz Echagüe narró también, desde París, la caída de Francia en 1940 y durante la Segunda Guerra Mundial, antes de su muerte en circunstancias todavía no aclaradas en 1946, «dirigió la corresponsalía del periódico argentino en Nueva York y se hizo imprescindible en los círculos diplomáticos de Washington» (Sala, p. 29).

Para concluir, digamos que la labor del editor es muy cuidada y que ha dispuesto para conocer mejor a su personaje de los testimonios de parientes suyos como César Ortiz Echagüe, uno de los hijos de José, y Graciela Belcher Ortiz, sobrina también de Fernando, y de la colaboración de miembros de la redacción de *La Nación* y de la Fundación Ortega-Marañón en Argentina. Pero no faltan las erratas en el volumen y algunas de ellas lo afean: Carancho en lugar de Cagancho (p. 143); «bastos estadios», en lugar de «vastos estadios» (p. 148); «asuelan» por «asolan» (p. 493) y Reynauld por Reynaud (p. 502). Pero quiero que quede claro mi juicio: estamos ante un periodista, Fernando Ortiz Echagüe, y ante un historiador, Luis Sala González, de primera fila, excelentes.

Fernando Ortiz Echagüe (Logroño, 1892-París, 1946) publicó en vida dos libros de crónicas: *Al Senegal en aeroplano* (1927) y *Pasajeros, correspondencia y carga* (1928). El editor del presente libro, Luis Sala González, doctor en Historia Contemporánea y periodista, es autor de *Indalecio Prieto. República y socialismo (1930-1936)* (2017), con prólogo de Juan Pablo Fusi; editor de la *Correspondencia 1916-1934*, de Miguel de Unamuno, y coautor, junto con José Luis de la Granja, de *Vidas cruzadas: Prieto y Aguirre: los padres fundadores de Euskadi* (2018).

Ignacio Olábarri Gortázar
Universidad de Navarra